



Fernando de Aragón y Gerona

Por JOAQUIN
PLA CARGOL

Fernando el Católico. Granada: Capilla Real.

El príncipe don Fernando de Aragón, nació en el pequeño pueblo de Sos (Zaragoza) el 10 de marzo de 1452; fue hijo del rey de Aragón y Navarra don Juan II y de Dá Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla y segunda esposa de Juan II.

Nació don Fernando en el austero palacio de Sada, antiguo edificio almenado, con un labrado escudo de armas sobre su portada. No era, la de Sos, una mansión lujosa, ni contaba con grandes comodidades. Este edificio fue declarado monumento arquitectónico-artístico nacional en 1924, más por el hecho de haber nacido en él don Fernando que por propia valía artística del edificio. En estos pasados años, ha sido objeto de una total restauración.

Es sabido que cuando Juan II casó con Dá Juana Enríquez, tenía un hijo de su primera esposa Doña Blanca, que fue reina de Navarra al fallecer su padre Carlos III el Noble. Este hijo fue el príncipe Carlos de Viana, personaje sobre el cual fue tejida una dolorosa leyenda, que en muchos detalles tuvo triste realidad.

En 1441 falleció Doña Blanca de Navarra y los navarros designaron heredero del reino navarro al príncipe de Viana. En su testamento, Dá Blanca dispuso que su hijo Carlos fuera el heredero universal del reino de Navarra y del ducado de Nemours, y, en caso que faltara Carlos, que le sucediera en dichos cargos su hermana Doña Blanca y, a falta de ésta, su otra hermana Doña Leonor. En dicho testamento figuraba también una cláusula en la que la reina de Navarra indicaba que el príncipe Carlos no usara los títulos de rey y de duque, respectivamente mientras viviera su padre don Juan II.

Este último produjo honda contrariedad a una parte importante de la población navarra y dió lugar a que se agriaran considerablemente las relaciones familiares entre padre e hijo. En Navarra, con tal motivo, se encrespaban las pasiones y se formaron dos potentes partidos de tendencia opuesta; el llamado de los *agramonteses* que eran decididos partidarios del rey Juan II y los llamados *beamonteses*, hombres derivados de los de los nobles Agramont y Beaumont, que mandaban las respectivas facciones enfrentadas, adictos del todo al príncipe de Viana y que deseaban que éste fuera, seguidamente, el rey de Navarra, sin esperar a serlo al fallecer su padre, Juan II.

El príncipe de Viana, de epíritu delicado, muy dado a las lecturas e irresoluto en sus decisiones, se vió así, por motivos políticos y por la actitud de sus partidarios, a tener que enfrentarse con su padre y, llevado por los acontecimientos, a luchar contra él.

Con ello estalló una lamentable guerra civil y, en el transcurso de ella, las fuerzas del príncipe sufrieron serios contratiempos y, al final, una completa derrota, viéndose obligado el de Viana a buscar refugio en Nápoles, donde reinaba su tío Alfonso V; debido, en buena parte, a los esfuerzos de éste, concretóse la paz, pero las relaciones familiares entre padre e hijo no lograron ya establecerse con la cordialidad antigua.

En aquel triste clima de luchas, de intrigas y desavenencias, deslizóse la infancia del príncipe Fernando. Este era, en edad, mucho menor que su hermanastro Carlos, ya que había entre las edades de ambos la considerable diferencia de 31 años.

Incomodidades, privaciones, temores y peligros de toda suerte rodearon al príncipe Fernando en los años en qué, normalmente, su vida debiera haberse deslizado entre comodidades, juegos infantiles, placidez de espíritu y halagos por parte de las personas que le rodeaban. Pero los tiempos no estaban para esto, y don Fernando, en sus pocos años, solo apreciaba malestar, peligros y dureza en el vivir.

Los catalanes y especialmente los barceloneses, se mostraron, en el desarrollo de las luchas entre Carlos de Viana y su padre, partidarios decididos del príncipe de Viana. Debida a esta gran simpatía que le tenían, una vez establecida la paz entre padre e hijo, recibieron a este último en Barcelona, apoteóticamente, aclamándole como lugarteniente del principado y sucesor legítimo del rey de Aragón. Desgraciadamente, al cabo de pocos días de tal recibimiento, Carlos de Viana enfermó gravemente y falleció. Con tal motivo, extendióse rápidamente por toda Cataluña el rumor de que el príncipe había fallecido, víctima de un envenenamiento.



Gerona: Ruinas de las Murallas.

Todo el pueblo barcelonés visitó el cadáver del príncipe, que fue expuesto en el salón del Tinell; la multitud estaba muy entristecida por aquella desgracia, y dicese que, en aquellas circunstancias, se produjeron varios milagros, lo cual determinó que entre el pueblo se agitara la idea de que Carlos había muerto en olor de santidad. El príncipe de Viana fue poeta y escritor. Entre las obras que escribió figura una *Crónica de Navarra*, (desde los tiempos antiguos hasta la época de su vida). Esta obra la escribió el príncipe de Viana, mientras estaba preso. Escribió también un *Tratado de los milagros del famoso sanatorio de San Miguel Excelsis*. Tradujo también la *Ética*, de Aristóteles.

Parece ser que tenía también notable inspiración como poeta.

Con esta muerte misteriosa caldeáronse mucho más los ánimos; la Generalidad o gobierno de Cataluña, negóse a reconocer a Juan II de Aragón como rey, y lo cargado que se iba haciendo el ambiente hacía temer lo peor.

A poco de fallecer el príncipe de Viana (murió el 23 de septiembre de 1461), fue jurado el príncipe don Fernando como primogénito entonces, de Aragón; aquel juramento, apresurado sin duda por el rey, pues tuvo lugar el 11 de octubre de 1461, se realizó en la iglesia de los Francos, de Fraga, por la comisión de 72 diputados que hacía algún tiempo había designado Juan II. Los diputados de la Generalidad, para acatar tal designación, exigieron que el nuevo heredero de la corona residiera en Barcelona.

Esta exigencia produjo nuevas dificultades, porque por el convenio de Villafranca, establecido para apaciguar los ánimos y las posibles luchas, se convino que ni Juan II ni su esposa Doña Juana Enríquez podrían ir a Barcelona, si antes no eran especialmente llamados por la Generalidad.

Cabe tener en cuenta que el príncipe Fernando no contaba entonces más que nueve años de edad, y es comprensible que sus padres no quisieran dejarlo en manos de un ayo que cuidara de él, y que desearan que creciera bajo sus propios cuidados familiares.

Fueron entabladas nuevas negociaciones y, tras mucho discutir fue convenido que la reina Doña Juana pudiera acompañar al príncipe don Fernando, en su estancia en Barcelona, en calidad de tutora.

Firmado el conveniente acuerdo, llegaron madre e hijo a las puertas de Barcelona y, de momento, se hospedaron en el convento de Valldoncella, que estaba cerca de las murallas de la ciudad.

Allí la Diputación de la Generalidad y los concellers fueron a visitarles, tal vez por puro cumplimiento.

La reina y el príncipe llegaron al convento el 13 de noviembre, y hasta el 21 de dicho mes no entraron los personajes reales en el interior de la ciudad de Barcelona. Lo hicieron por la puerta de Atarazanas, el pueblo barcelonés los recibió respetuosamente, y pasaron entonces a alojarse en el palacio real.

En los días que siguieron al de la llegada, la reina, en sus conversaciones con los diputados de la Generalidad y con otras personalidades influyentes, hizo todo lo posible para que el rey, su esposo, pudiera volver libremente a Cataluña y que fuera cancelado el convenio de Villafranca; pero todos los esfuerzos de la reina se estrellaron ante la más absoluta negativa por parte de los diputados de la Generalidad. La reina Juana, ante el fracaso de sus gestiones y deseos en aquel sentido, intentó enfocar aquella cuestión bajo otro aspecto, nuevo aspecto que, al parecer, constituía un argumento hábil, de gran interés entonces para Cataluña, y, por tanto, bastante esperanzador.

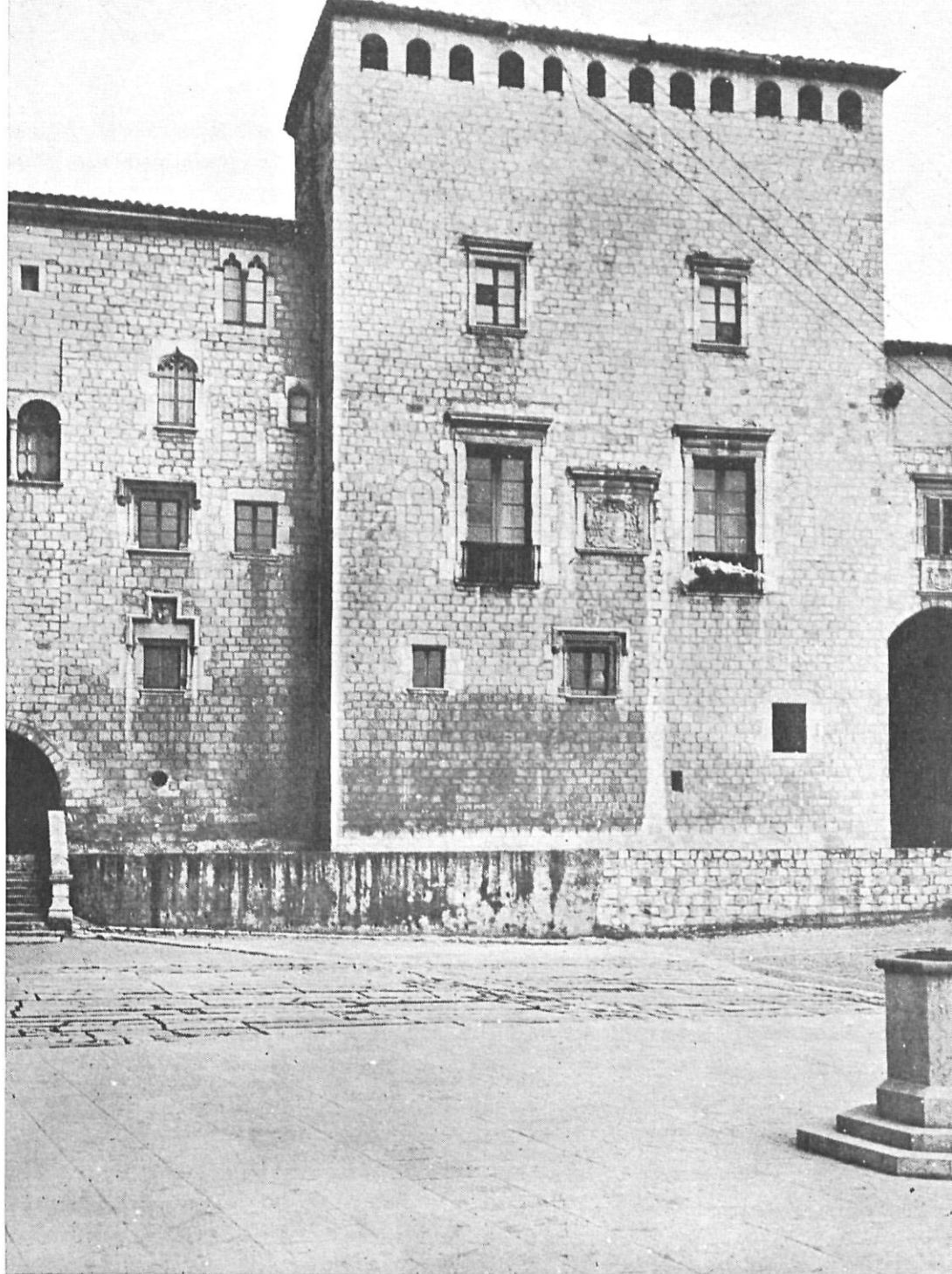
Había planteado en Cataluña la grave cuestión de los *remensas*, cuestión que agobiaba el campo catalán, especialmente en las comarcas barcelonesas y gerundenses y que preocupaba mucho a los diputados de la Generalidad. Aquel movimiento había adquirido mucha fuerza y creciente violencia, y habían fracasado todas las gestiones que había entablado hasta entonces la Generalidad para procurar resolverlo.

La reina Juana interesó de los que dirigían el movimiento de los *remensas*, que pidieran a la Generalidad que el rey Juan II volviera a Cataluña, pues él conseguiría seguramente, con su autoridad real, hallar un medio o procedimientos para resolver aquel agudo conflicto. Pero la Generalidad no resolvió nada en aquel sentido.

Por aquellos días se reunieron en Barcelona unos 200 *remensas*, los cuales, juntamente con un concurso de barceloneses, sumando entre todos cerca de un millar, se estacionaron frente al palacio de los reyes, vitoreando a la reina. Aquella manifestación favorecía, naturalmente, la posición de Juan II y, aunque no lo dijeran claramente, sus vítores a la reina podían interpretarse como un deseo de que el rey volviera a Barcelona para ocuparse de resolver la difícil cuestión de los *remensas*.

Tal como se iban desarrollando las cosas, la reina temía por su seguridad y por la de su hijo. Bajo este estado de ánimo y en su deseo de poner fin a una situación muy incómoda por su parte, de prolongar su estancia en Barcelona, pretextó la conveniencia de trasladarse a Gerona para procurar, en dicha ciudad que era el centro de las actividades de una amplia zona de *remensas*, ponerse en contacto con los mismos y ver de hallar una fórmula conveniente que re-

Palacio Episcopal.



solciera, de manera en lo posible aceptable para todos, aquella difícil cuestión, tan agriamente envenenada.

El deseo de la reina de salir de Barcelona y su decisión de marchar a Gerona obedeció, en realidad, a que, si bien en Barcelona había un grupo de partidarios adictos a Juan II, había otras muy poderosas fuerzas enfrentadas con él; en tanto que en Gerona el partido realista era muy potente, contaba con valiosas personalidades y, además, estaban los remensas capitaneados por Verntallat, quien era un decidido partidario de Juan II.

La reina, después de prolijas gestiones con la Generalidad, pudo realizar aquel deseado viaje a Gerona, viaje que emprendió acompañada de su hijo Fernando.

La reina Juana, al hallarse ya en Gerona, se sintió mucho más tranquila y tuvo la sensación de creerse más segura de posibles peligros.

Mujer muy hábil, desde Gerona comunicaba a la Generalidad noticias de que los remensas iban pacificándose poco a poco; esto debía hacerlo, probablemente, para ganar tiempo; pues temiendo que la Generalidad proyectaba algo contra ella y contra el príncipe, Doña Juana rodeóse en Gerona de una especie de Consejo, constituido por personas del todo adictas a ella y a su esposo Juan II. En las reuniones celebradas con dichos prohombres, acordóse concentrar en Gerona fuerzas dispuestas a defender a la reina y al príncipe, para el caso de que la ciudad fuera atacada por las huestes de la Generalidad; y por si tal caso llegara o se produjera, fueron también acumulados en Gerona pertrechos y poderosas armas.

La Generalidad, por su parte, hacía también, disimuladamente, preparativos que no eran precisamente orientados hacia el mantenimiento de la paz; procuró también enmascarar sus verdaderos propósitos, y anunció que los preparativos bélicos que hacía iban destinados a ser empleados en la lucha que iba a emprender contra los insumisos remensas.

Ante la envergadura de los preparativos que hacía la Generalidad y sabedora de ello la reina, comunicó a la entidad barcelonesa que tan solo era potestad del monarca el armar ejércitos, cualesquiera que fuera la finalidad que se persiguiera con ello y que, por lo tanto, la Generalidad se excedía en sus atribuciones.

Las cosas fueron agudizándose y caldeándose, las diferencias se acentuaron cada día más, y se llegó al hecho de que funcionaban aquí dos gobiernos antitéticos; el de la Generalidad, en Barcelona, y el de la reina Juana, con sus partidarios, en Gerona.

Al fin, la situación, ya tirante, estalló; las tropas de la Generalidad se pusieron en movimiento y se dirigieron a Gerona; las mandaba Hugo Roger, conde de Pallars. Por las comarcas fue corriendo la voz de que dichas fuerzas se dirigían a Gerona para tomar la ciudad y aprisionar a la reina y al príncipe Fernando, que se habían refugiado en ella.

Ante tal anuncio, Verntallat, caudillo de los remensas, con un contingente de sus partidarios, afines todos ellos a la causa de la reina, se situaron en Hostalrich para oponerse al paso de las fuerzas de la Generalidad; pero Verntallat no pudo conseguir su propósito y vióse obligado a retirarse, ante la fuerte presión de las fuerzas mandadas por el conde de Pallars. Este pensó tal vez que no hallaría resistencia considerable en Gerona y que, ante la mera presencia de sus huestes se le abrirían las puertas de la ciudad; pero no fue así.

Al presentarse ante Gerona las fuerzas de la Generalidad, hallaron cerradas todas las puertas de las murallas y provistos los muros de defensa de mucha gente armada y dispuesta a defenderlos.

A la vista de tal hecho, que posiblemente no esperaba, el conde Pallars no se decidió a atacar; procedió a alojar sus tropas en los arrabales de la ciudad, hizo levantar algunos campamentos en lugares próximos a la misma, y todo tomó el aspecto como si fuera a establecerse, alrededor de Gerona, un sitio en toda regla.

Los que defendían Gerona, para retrasar o impedir del todo aquellos trabajos, organizaron una salida; pero su intento ofensivo fue repelido por las fuerzas de Pallars.

Formalizado ya un verdadero sitio a la ciudad, los sitiadores consiguieron acercarse a un portal de la muralla, al que intentaron prender fuego con haces de leña; con ello no consiguieron hacer arder la puerta, y la forzaron empleando gruesas vigas de madera, que impulsaban muchos hombres y que, al chocar violentamente contra la puerta consiguieron derribarla y con ello, franquear aquella entrada, e irrumpir en la ciudad.

Los defensores de la reina se fueron replegando buscando el amparo de las murallas del primitivo y más reducido recinto amurallado de la ciudad, y que oficiaba entonces a manera de ciudadela, recinto llamado de la Forsa Vella y susceptible, por su reducida extensión, de ser más fácilmente defendible.

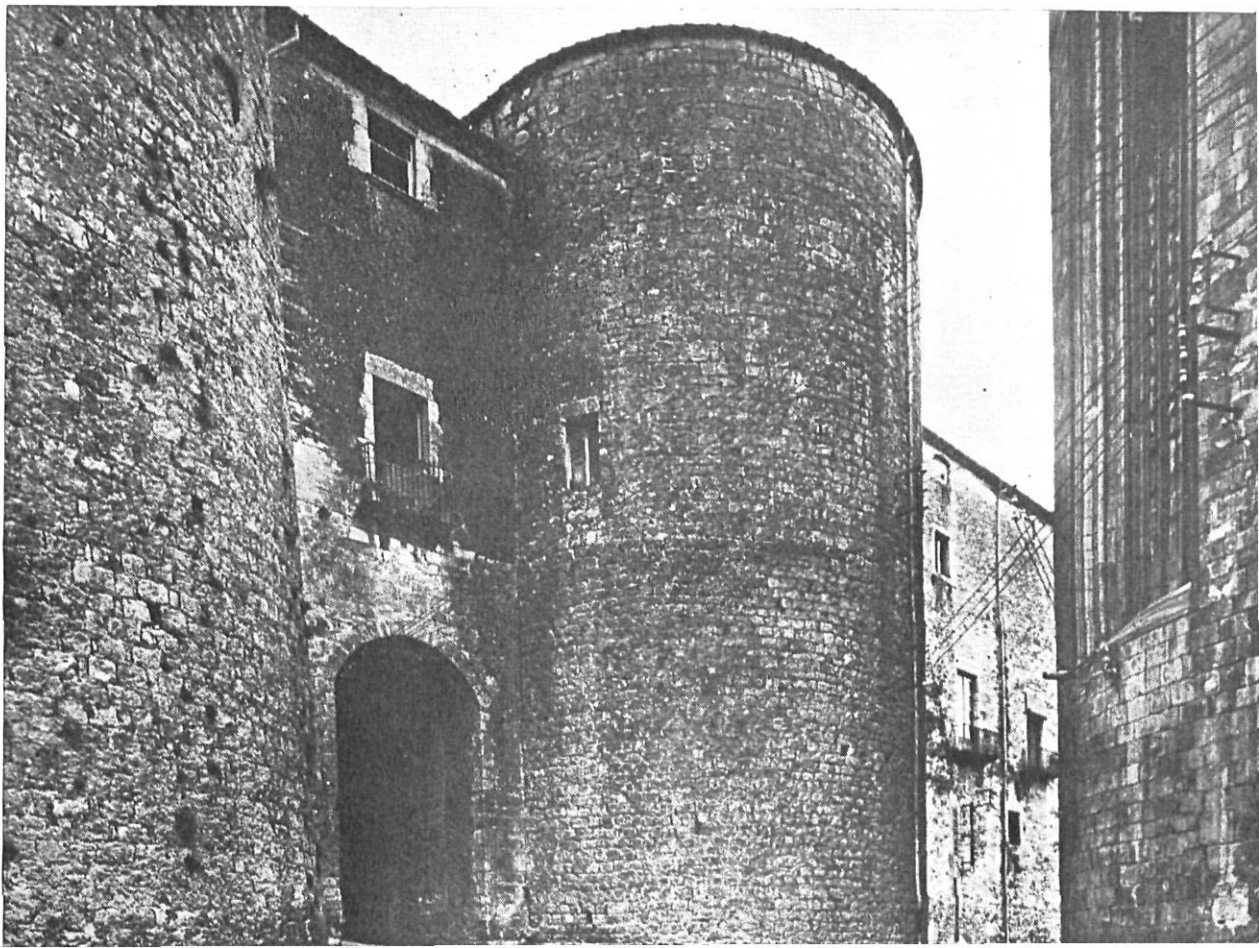
Los sitiadores consiguieron ocupar la parte baja de la ciudad, especialmente el Mercadal. Algunos documentos de la época consignan que, entre los artesanos que abundaban en dicho barrio, había bastantes que eran partidarios de la Generalidad y poco afectos al rey Juan II. Se ve que la política jugaba importante papel en todo ello, y es posible que aquella circunstancia ayudara a la fácil conquista que consiguieron las fuerzas de Pallars, ocupando, como resultado, buena parte de la ciudad.

Las huestes de la Generalidad dirigieron luego sus ataques contra la Forsa Vella. Cando atacaban lo hacían profiriendo gritos de ¡San Jorge y San Carlos! Este último grito lo proferían en recuerdo del príncipe de Viana, al que el pueblo de Barcelona atribuía entonces fama de Santo, e incluso corrían versiones, entre el vulgo, de que al invocarle se habían obrado milagros.

Los que se hicieron fuertes en la Forsa Vella conservaron también la iglesia de San Félix, fuera del recinto, y desde ella y desde las murallas de la Forsa Vella comenzaron a arrojar bombas de piedra, lo mismo contra el caserío de la parte de la ciudad ocupada por los sitiadores, que sobre sus campamentos de los alrededores.

Los sitiados contaban, en el recinto de la Forsa Vella, con 24 bombardas, que habían desembarcado de las naves del rey, y que constituían parte del armamento que había sido acarreado previamente a Gerona. Dichas bombardas daban considerable superioridad de armamento a los sitiados, y ante este hecho, para Pallars tan desfavorable, éste reclamaba insistentemente a la Generalidad el envío de bombardas poderosas, que le permitieran poder contrarrestar las de los sitiados. Pero pasaban días y dicho esfuerzo de armamento no llegaba, cosa que impacientaba al conde de Pallars. Por fin, recibió una de las grandes bombardas que había en Barcelona, y otras armas adecuadas, para permitir a Pallars desarrollar un fuerte ataque.

Portal
de
Sobre-
portes.



El día 11 de junio, el conde de Pallars comunicaba a la Generalidad que con sus fuerzas tenía completamente rodeada la Forsa Vella de Gerona; el día 17 de junio, festividad del Corpus, la Forsa Vella fue fuertemente atacada por cuatro puntos distintos: por Santo Domingo, por la torre Gironella, por San Cristóbal y por San Félix. Los ataques se sucedieron interrumpidamente, desde las 10 de la mañana a las 4 de la tarde. A pesar de su insistencia y del empeño puesto por los luchadores, las fuerzas de Pallars no consiguieron vencer, en ningún punto, la enérgica defensa de los que luchaban en la Forsa Vella, dirigidos y mandados por Pedro de Rocabertí.

La reina Juana y el príncipe Fernando, que desde su llegada a la ciudad de Gerona se habían alojado en el palacio episcopal, pasaron momentos de verdadera angustia y aún de positivo peligro. Las fuerzas de la Generalidad, con piezas de artillería que habían instalado en lo que era llamada Rambla (hoy plaza) de Santo Domingo, bombardeaban la muralla de aquel sector, y también el palacio episcopal.

Aquellos porfiados ataques de las huestes de Pallars se estrellaron contra la resistencia que les opusieron las fuerzas mandadas por don Pedro de Rocabertí, y los sitiadores, a pesar de su bravura y tenacidad, no lograron, en dicho día, ninguna ventaja positiva en el asedio puesto a la ciudad.

La reina Juana y el infante Fernando, temiendo un nuevo y más intenso bombardeo del palacio episcopal, se trasladaron a la torre Gironella, la cual, por la reciedumbre de sus muros y por sus poderosas defensas, les pareció, sin duda, con mayores condiciones de seguridad.

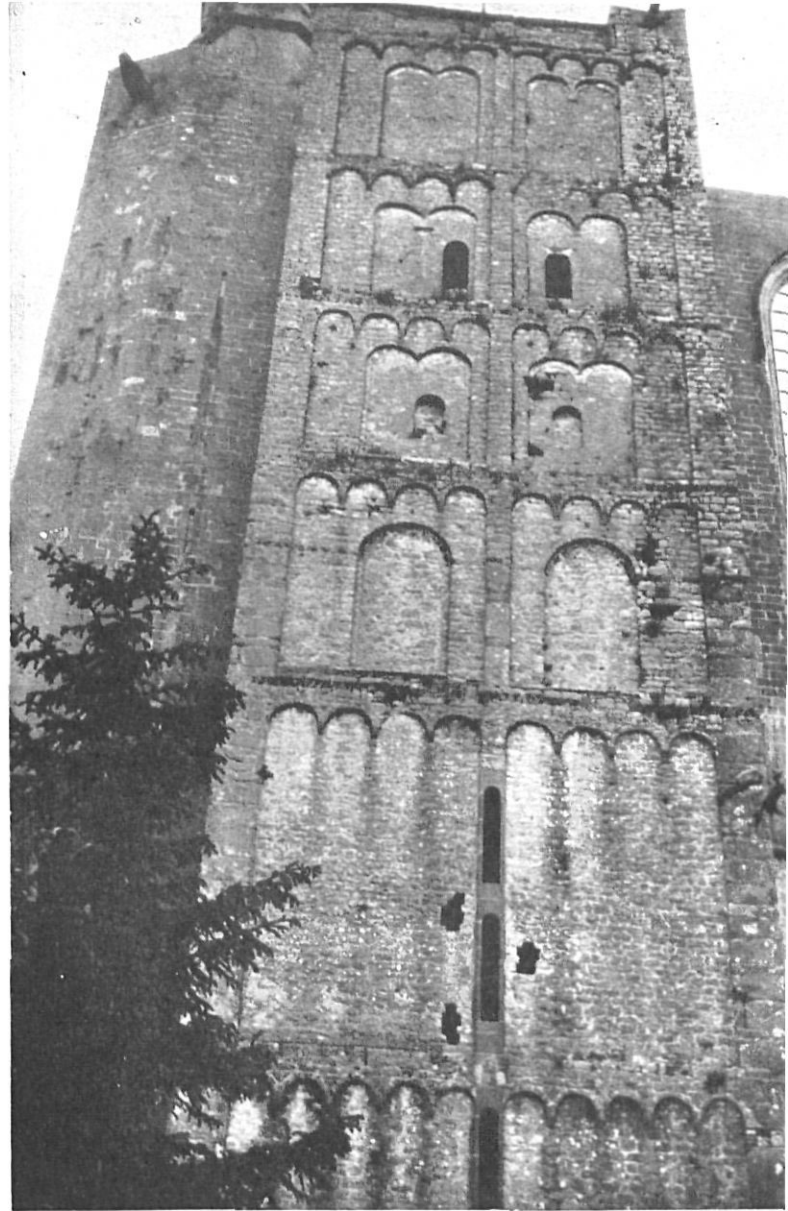
El príncipe Fernando, niño como era entonces, recibió muy fuerte impresión por estos ataques que vivió en Gerona, y el recuerdo de los mismos se mantuvo siempre muy vivo y fuerte en él; durante toda su vida, no olvidó aquellos azarosos días pasados con su madre en Gerona, y así lo manifestaba, cuando mayor, en diversas ocasiones.

* * *

Mientras tales hechos ocurrían en Gerona, la Generalidad había procurado que le ayudaran los franceses, ofreciéndoles, para ello, determinados beneficios; pero Juan II, que era muy sagaz, se anticipó a las negociaciones de la Generalidad y ofreció al rey de Francia Luis XI, a cambio de una ayuda, hipotecar a su favor los condados del Rosellón y de Cerdaña. A cambio de dicha hipoteca, el rey de Francia había de proporcionar a Juan II 700 lanzas y varios millares de peones o infantes, fuerzas que creía Juan II precisas para decidir francamente su lucha contra la Generalidad. Juan II se reservó el derecho de recuperar más tarde aquellos dos condados, mediante el pago a Francia, como indemnización, de cuatrocientos mil ducados. Esta salvedad no puede impedir que consideremos grave lo hecho entonces por Juan II, pues pudo entonces más en él su propio interés como monarca, que su condición nacional. Por ningún concepto había de haber hipotecado Juan II tierras que no eran, particularmente suyas, de la nación. Pero las cosas habían llegado a un alto grado de apasionamiento y violencia, como la prueba, por la parte contraria a Juan II el hecho de que en fecha de 9 a 11 de junio, la Generalidad de Cataluña declaró al rey Juan II y a su esposa Doña Juana, enemigos públicos. Aquella nota, al publicarse, hizo mucha sensación en varios nobles barceloneses, que temieron las graves consecuencias que con aquellas violencias podrían derivarse para todos.

Al saber Juan II que su esposa y su hijo Fernando estaban sitiados en Gerona por las fuerzas de la Generalidad, reunió un ejército de aragoneses, para dar auxilio a los sitiados, y con sus tropas se acercó, lo más rápidamente que pudo, a la frontera de Aragón con Cataluña.

Torre de Carlomagno.



Casi al mismo tiempo, fuerzas francesas al mando de Gastón, conde Foix, yerno de Juan II, irrumpieron por el Ampurdán, se posesionaron de Figueras y emprendieron rápida marcha hacia Gerona.

Las fuerzas sitiadoras de Pallars, ante la entrada de las fuerzas francesas y las que amenazaban por la frontera con Aragón, temieron verse completamente envueltas y derrotadas, y Pallars, para salvar sus huestes de una posible destrucción, levantó el sitio que había puesto a Gerona y retiróse hacia Hostalrich.

Las fuerzas francesas de ayuda entraron en Gerona sin necesidad de combatir, y se dedicaron luego, conjuntamente con las fuerzas de la reina, que defendieron la Forsa Vella, a pacificar el Ampurdán, pues allí habían quedado algunos grupos armados que hostilizaban los servicios de comunicaciones.

Conseguida aquella finalidad, las fuerzas francesas prosiguieron su marcha hacia Barcelona y se establecieron de momento en San Cugat del Vallés, donde esperaron que se reunieran con ellas las que mandaba Juan II, cuyas fuerzas, desde Lérida, emprendieron la marcha a Martorell.

Gerona había prestado un gran servicio a Juan II al defender a la reina y al príncipe Fernando, que era tanto como defender, de manera importantísima, a Juan II como monarca en Aragón y Cataluña. Juan II lo reconoció así, y al dar gracias a la ciudad de Gerona por la poderosa y eficaz ayuda que había prestado a la reina y al príncipe y ante la valiente defensa que hicieron los gerundenses de la Forsa Vella, llamó a Gerona, por primera vez en la historia de la ciudad. *Inmortal Gerona.*

Como prueba de su agradecimiento a la ciudad, en 1463 concedióle el privilegio de celebrar tres ferias al año, cada una de ellas de 10 días de duración: la primera comenzaba el día 2 de febrero, la segunda, el 5 de agosto y la tercera el 29 de octubre, festividad de San Narciso.

En aquel tiempo, las Ferias constituían uno de los principales medios con los cuales se incrementaba la riqueza y la importancia de una localidad. Como se concedían por gracia real, los pueblos las recibían como un reconocimiento de servicios prestados al soberano.

En relación al príncipe Fernando, ya hemos indicado antes que su estancia en Gerona en época tan agitada y en momentos tan peligrosos y decisivos para su porvenir, dejaron en él un recuerdo imborrable; fue, sin duda, la impresión más fuerte que experimentó don Fernando en el período de su infancia, aún teniendo en cuenta lo agitada y convulsa que fue toda ella.

Don Fernando no pudo olvidar nunca el inmenso servicio que la resistencia de Gerona a las fuerzas de Pallars representaron para él. Si Gerona no hubiese resistido en la forma enérgica con que lo hizo y las fuerzas de la Generalidad hubiesen apresado a la reina Juana y al príncipe, sabe Dios cómo se hubieran desarrollado los acontecimientos que posteriormente se sucedieron. Quien sabe si Fernando hubiese llegado a ser rey de Aragón, y quien sabe si hubiese casado con Isabel de Castilla.

Claro que siempre resulta muy problemático el especular sobre supuestos hechos históricos que no se han producido; pero sí es dable conjeturar lo que lógicamente hubiese podido suceder, cuando se conoce el desarrollo de hechos posteriores, con dichos supuestos hechos relacionados.

En cuanto a reconocer la gran trascendencia de aquellos hechos acaecidos en Gerona, el erudito historiador Dr. don Santiago Sobrequés, que ha escrito mucho sobre el período histórico que tratamos, en un artículo publicado en 1962, dice: "El sitio de la Forsa Vella en 1462 no fue solamente un episodio notable en la historia de la ciudad, sino uno de aquellos acontecimientos capaces de alterar el curso del acontecer histórico de toda España".

Nos parece muy exacta tal apreciación, formulada por investigador tan solvente y preparado; pues realmente creemos hay que considerarlo así, si estudiamos objetivamente aquel período histórico y la forma en que fueron desarrollándose los importantes y variados acontecimientos que en su transcurso se produjeron.



Claustros de la Catedral.

En cuanto a lo hondamente que influyeron en don Fernando aquellos meses pasados en Gerona, téngase también en cuenta que durante los mismos, y posiblemente también después, tuvo ocasión el príncipe de recibir enseñanzas del que, a partir de febrero de 1462 fue obispo de Gerona, don Jaun de Margarit y de Pau, hombre cultísimo y con un fino sentido de la alta política. Las enseñanzas dadas por el obispo Margarit al príncipe Fernando debieron hacer gran mella en éste, y es muy probable que algunos de los apsectos que se aprecian en la forma como, más tarde, gobernó don Fernando, tienen su antecedente en las enseñanzas del obispo gerundense Margarit. Enseñanzas que nunca faltaron al príncipe cuando fue rey, pues se sabe que en varias ocasiones y para resolver importantes problemas estatales, solicitó su consejo orientador o su asesoramiento valiosísimo.

Por todo lo anteriormente expuesto, no creemos exagerado dejar sentado que la íntima relación entre don Fernando el Católico y Gerona y los gerundenses, fue muy honda, y se extendió desde la infancia hasta la madurez del príncipe aragonés, que llegó a ser, al unirse con la gran reina Isabel de Castilla, uno de los monarcas más bien dotados de su tiempo y expertos y cordial desvelador de actividades y energías del país; política constructiva que, en sus inmediatos sucesores en la gobernación de España, habían de llevar a ésta a ocupar el primer rango entre las naciones de Europa y a que fuera plena realidad aquel aforismo que marcaba su grandeza; *que en los dominios de España, jamás se ponía el sol.*

B I B L I O G R A F I A

- Lozoya (Marqués de). **Los orígenes del Imperio. La España de Fernando e Isabel.** — Madrid, 1939.
- Menéndez Pidal (Ramón). **Los Reyes Católicos según Maquiavelo y Castiglione.** — Universidad de Madrid, 1952
- J. M. Doussinagne. **El testamento político de Fernando el Católico.** — Madrid, 1950.
- Ricardo del Arco. **Fernando el Católico, Artífice de la España Imperial.** — Zaragoza, 1938.
- Fernando del Pulgar. **Crónica de los Reyes Católicos.** (1780).
- Zurita. **Historia de don Fernando el Católico.** — Zaragoza, 1610.
- J. Vicens Vives. **Juan II** (biografía). — Barcelona.
- Francisco Monsalvatge. **Els remenses.** — Palafrugell, 1908.
- Hinojosa. **El régimen de los remensas.** — Madrid.
- Rubió (Antonio). **Documentos per a l'història de la cultura migeval catalana.** — Barcelona, 1908.
- G. Desdevises de Dezert. **Don Carlos d'Aragón, prince de Viane.** — Paris, 1889.
- Bofarull y Mascaró (Próspero). **Levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de D. Juan II.** — Barcelona 1858-1864.
- Masiá de Ros (Angeles). **Gerona en la guerra civil en tiempo de Juan II.** — Barcelona.
- Vicens Vives (Jaime). **Historia de los remensas en el siglo XV.** — Barcelona.
- Serra Rafols (E). **Fernando el Católico y los payeses de remensa.** — Lérida, 1925.
- Soldevila (P). **Historia de Catalunya.** — Barcelona.
- Pla Cargol (J). **Gerona Històrica** (5.^a edición). — Gerona, 1962.
- Camps Arboix (J). **Verntallat** (capital dels remenses). — Barcelona, 1955.
- Sobrequés (Dr. Santiago). **Patriciado urbano y los reyes católicos** (en colaboración con G. Céspedes). Varios artículos en Revistas sobre la época de Juan II.
- F. Ruano y Prieto. **Don Juan II de Aragón y el príncipe de Viana.** — Bilbao, 1897.
- Abadal (Ramón). Diversos artículos y trabajos de investigación.